



Testimonios, espejismos y desconciertos* (fragmentos)

Rafael Fauquié

Prólogo: [Escribir en el desierto](#)

En *Así habló Zaratustra*, dice Nietzsche: “El desierto crece”. Comentario muy similar, por cierto, al que hiciera Kierkegaard refiriéndose a los aforismos del escritor alemán Georg Christoph Lichtenberg: “¡Gracias por esta voz en el desierto!”; y, en cierta forma, parecido también a la definición de Baudelaire sobre el hombre moderno: “solitario de imaginación activa, siempre en viaje a través del gran desierto de los hombres”. El desierto que percibían Nietzsche y Kierkegaard, el desierto al que aludía Baudelaire... ¿Qué era? ¿Acaso la visión de una nueva época en la que estaba entrando la Humanidad? ¿Una convicción de que para Occidente, tras largas



TESTIMONIOS, ESPEJISMOS Y DESCONCIERTOS

Rafael Fauquie

comala.com

percepciones de avance y muchas idolatrías de progreso, había comenzado una nueva era de incertidumbres?

Existe cierta diferencia entre el desierto al que se refieren Nietzsche y Kierkegaard y éste al que alude Baudelaire. El de aquéllos implica devastación, agotamiento; el de éste es más bien una alusión a multitudes y a generalizadas abundancias, a toda clase de homogeneidades y cosificaciones... De todos modos, la idea de los tres se parece: desierto es devastación, confusa vastedad, ajenidad, extravío... En suma: desierto sería ese espacio humano en el que, como supo metaforizar Nietzsche, los dioses han desaparecido y el tiempo ha dejado de significar continuidad o avance para hacerse inacabable reiteración; de alguna manera, metáfora de una nueva era en la que parecía haber entrado la Humanidad: la de la supervivencia.

“El tiempo de la supervivencia -digo en mi libro *Arrogante último esplendor* [1]- es el del equilibrio en medio de lo siempre precario, el de la previsión ante lo inesperado, el tiempo donde no existen ni débiles ni fuertes, porque todos, eventualmente, somos débiles; porque todos, definitivamente, somos vulnerables.” Vulnerabilidad: acaso el sentimiento más común dentro de un mundo en el que parecieran estar naciendo nuevas comprensiones relacionadas, en su mayor parte, con la desorientación y la incertidumbre. Heidegger dijo que los poetas eran los más indicados para nombrar las genuinas comprensiones del ser humano ante su tiempo. En un mundo vulnerable, surge para los poetas la necesidad de buscar nuevas voces que, entre otras cosas, aferren a los seres humanos a ellos mismos: a sus memorias, a sus verdades, a sus pequeñas particulares irrealidades. Por otra parte, si la desorientación, el escepticismo y la vulnerabilidad son sentimientos dominantes en nuestros días, las voces que los aludan no podrían dejar de reiterar múltiples desoladas entonaciones.

Borges comentó que en nuestra época la novela se había convertido en el género más frecuentado, que cierta superstición literaria había determinado que en la novela reposaba la índole de cuanto fuese literario. Pero junto a esa superstición existen también otras; como, por ejemplo, la que dice que en la creciente tonalidad autobiográfica de la literatura de nuestros días se ven reflejados muchos colectivos pasos y sentimientos y aprendizajes y miradas y miedos; que en las voces poéticas que hablan en primera persona se escucha el eco de muchas interrogantes, incertidumbres y temores que nos pertenecen a casi todos. O superstición de lo rápido, de lo inmediato y de lo efímero que ha terminado por familiarizarnos con escrituras capaces de reproducir la discontinuidad y fragmentación de los discursos humanos dentro de un mundo donde los grandes sistemas de pensamiento y las visiones de totalidad, resultan insuficientes para expresar eso que el hombre es o siente o cree.

En relación al texto *Voces* de Antonio Porchia, leí alguna vez que no era frecuente que un autor que cultivase el género aforístico se preocupara demasiado por publicar. Algo que me recuerda lo que dijo Nietzsche, también un gran cultor de aforismos, acerca de no respetar demasiado el esfuerzo de un ser de palabras que se fijase como meta muy precisa volcar la escritura de sus fragmentos en libro. Personalmente, opino todo lo contrario: creo que es admirable el esfuerzo de seres de palabras empeñados en hacer de esas voces que, rápidas los rondan, un texto; o sea: espacio literario, a veces anamórfico, a veces nítido y acabado, pero siempre forma audible, inteligible expresión por entre el barullo de tantísimas vociferaciones o en medio del silencio que suman demasiadas soledades.

Vivir es caminar sin cesar nunca de buscar. Buscar... ¿Qué? En el fondo, acaso siempre lo mismo: un significado para los días vividos. Y es que, como dije alguna vez, el hombre puede soportarlo todo, todo, menos el sentimiento de estar viviendo

un tiempo absurdo que no lo conduzca hacia ninguna parte. Si, como fue la visión lúcida y a la vez terrible de Nietzsche, los seres humanos nos percibimos viviendo en un mundo sin dioses, sin Dios, entonces no nos queda otra alternativa que descubrir en nuestras opciones de vida cierta plenitud que llegue a hacerse finalidad en sí misma: aquí y ahora. Y, a fin de cuentas, de todo eso tratan estas páginas: de la necesaria relación entre la felicidad y la vida y entre la vida y la escritura; y, en medio, de las respuestas a las muchas curiosidades sobre las que, personalmente, he ido apoyando mi propio esfuerzo de caminante ante el muy difícil aprendizaje -¿o debería llamarlo arte?- de vivir, de saber vivir.

* Caracas, Comala ediciones, 2007, 98 pp.

[1] Caracas, Equinoccio, ediciones de la Universidad Simón Bolívar, 1998

Testimonios, espejismos, y desconciertos (Fragmentos)

Dentro del enigma de mi cotidiano azar avanzo junto a mis ilusiones y espejismos; tratando de aferrarme a oportunidades y aciertos, y, sobre todo, rehuyendo la indiferencia: esa negación del sentido mismo del camino.



Más que de avanzar, de lo que se trata es de convertir nuestros pasos en aceptadas huellas.

Son muchos los errores que podría cometer en mi camino; uno de los más graves: interrumpir su fluidez. Estoy obligado a respetar la continuidad del camino y a cumplir en él, al menos, con dos normas sagradas: ni eludirlo ni soslayar su linealidad.

Me debilito cuando mis pasos contradicen las señales que me muestra el camino.

Distinguir en el camino sólo absolutos y guiarnos únicamente por la luz y el calor de esos absolutos, pudiera significar calcinarnos.

Los espacios que construí me estrechan dentro de cada vez más reducidos linderos. Avanzo y me limito. Avanzo y me peculiarizo. Cada nueva selección es un descarte: lo que escojo me apartará para siempre de lo que rechacé.

Estrechamiento de linderos: una manera como cualquier otra de definir los aprendizajes en el camino.



Habitar, caminar: actos que precisan, por igual, del equilibrio y la armonía.

Pulsión hacia el deslinde: una forma de acatar esa peculiaridad que somos.

Interminables paradojas del camino: en él los aciertos conviven con los errores y las derrotas nos acercan a victorias que lucían imposibles.

Los fracasos se convierten en impulso hacia genuinos avances.

Vivimos la alegría junto a la tristeza y sabemos de la fortaleza tras intuir la debilidad.

El tiempo inhóspito deja paso a la cotidianidad cobijante y la áspera intemperie llega a transformarse en acogedora morada.

Reconocemos lo deseable tras saber qué nos repugna.

Somos fuertes y, a la vez, débiles.

Aceptamos eso que somos sabiendo que siempre existirán muchas cosas que no podríamos aceptar de nosotros.

Nuestras frustraciones iluminarán posibles futuras alegrías, nuestros presentes extravíos podrían convertirse en venideras certezas y nuestras actuales convicciones augurar próximos desconciertos. Lo que más creemos saber acaso sea lo que más groseramente ignoramos, lo que más nos atemoriza tal vez sea lo que menos nos desorienta y lo que más nos exalta pudiera ser eso que con mayor fuerza nos condene a la confusión.



En nuestro camino vamos descubriendo verdades que se hacen parte de nuestra sabiduría personal. *Los cuadernos del destierro* de Rafael Cadenas, sería una de las más hermosas descripciones que yo haya leído alguna vez sobre esas verdades adquiridas por un caminante dentro de su tiempo. Cadenas escribe *Los cuadernos...* en Trinidad, donde vivía tras haber sido expulsado del país por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Permanece exiliado en esa vecina isla de Venezuela entre 1952 y 1956. Lejos del espacio de su origen, solitario caminante, Cadenas se enfrenta a las mismas preguntas que, en algún momento, cualquier individuo podría llegar a formularse: ¿Quién soy? ¿Cuál es mi lugar? ¿Dónde pertenezco? ¿Cómo aceptarme? Cioran dijo alguna vez que todos los seres humanos parecíamos satisfechos con nosotros mismos; pero que, en el fondo, ninguno lo estaba realmente. Quizá el reto esencial para cualquier caminante sea llegar a aceptarse en medio de todas las desorientaciones que, innumerables y constantes, lo rodean. Desde la primera línea de *Los cuadernos...*, un yo poético va relatándonos opciones de vida, descubrimientos, propósitos, aprobaciones, rechazos... En su percepción y en su memoria transeúntes comienza por evocarse cierto origen del cual el poeta optó por distanciarse: “Yo pertenecía a un pueblo de grandes comedores de serpientes, sensuales, vehementes, silenciosos y aptos para enloquecer de amor (...) Yo no heredé sus virtudes.” Se van dibujando luego, lentamente, las naturales y muy frecuentes paradojas de toda existencia humana: la alegría que existe junto a la tristeza, el error que convive con el acierto, la certeza que se hilvana con la duda, la aprobación y el rechazo que se entrelazan, lo bello y amable hermanado con lo aborrecible, la armonía y la incoherencia complementándose... El camino es, así, dibujado como una incesante suma de contradicciones donde el tiempo presente y el tiempo ya dejado atrás van conduciendo al caminante hacia esa contundente revelación final que cierra el texto: “He recuperado mi nombre”. Recuperar nuestro propio nombre: aprobarnos, reconocernos, aceptar nuestros rumbos transitados y no avergonzarnos de vernos reflejados en ellos...

Rafael Cadenas: caminante y poeta, nos confía a sus lectores una sabiduría que es el genuino legado de un camino recorrido. Como poeta, como caminante, Cadenas ha aprendido a vivir consigo mismo, y eso es lo que nos expresa.

Contemplo asombrado que lo que por mucho tiempo fue dispersión, impredecibilidad o desorden, terminó por hacerse en mi camino coherencia, armonía y propósito.



Me oriento al lado de mis aciertos tratando de no repetir viejísimas equivocaciones.

Rara vez existe la nitidez dentro del camino; se reitera en él lo difícil, lo complejo, lo inalcanzable. Sin embargo, afortunadamente, son también a veces posibles las metas cumplidas, las felices conclusiones, las fantasías hechas realidad...

Dentro del camino, somos a veces protagonistas y a veces debilitadas comparsas.

A veces, siento como si la vida supiese a poco; por eso me esfuerzo en cubrirla con mis ilusiones.

Me adivino en lo inesperado, me preveo en lo sorpresivo, me predigo en lo azariento... Propósitos, empeños; eventualmente logros, ciertamente destinos, metas...



No es para mí el fruto de la semilla que ignoro haber sembrado.

Amargura y autodestrucción: dos laboriosas tejedoras de infiernos; las dos, consunción e inconsistencia, decadencia y regresión, sustracción y penuria; anuncios, ambas, de lentas e irreversibles agonías.

El acto de escribir acepta las sumas, los añadidos, las transformaciones; permite todos los estilos, todas las expresiones, todos los matices, todos los énfasis, todas las entonaciones...

El ser de palabras se debe a sus verdades y a sus interrogantes. Junto a ellas, y siempre al lado de sus necesarios espejismos, explora, descubre y construye.



Escribo: establezco un orden en el que descifro significados para mi camino, apoyándome en un estilo que es impulso, rostro, máscara; fuerza germinativa, seminal, espermática; potestad, densidad, asidero, proyección; propósito tanto como convicción, artificio tanto como necesidad.

Un estilo: mi estilo: ahora y siempre de mis voces. Mi forma de vivirlas y sentirlas y actuarlas. Construyo mi estilo y, a la vez, él me construye; permanece junto a mí, siempre al alcance de mi mano y junto a mis horas: meta y, a la vez, rutina cotidiana.



Escribo lo que me importa: enfrento el silencio de muchísimas cosas mudas y resisto en mi camino junto a voces que me sostienen.

Escribo desde mis esenciales curiosidades y mis revelaciones, desde mis días abiertos y mis noches insomnes, desde mis palabras interrumpidas y la continuidad de mis comprensiones, desde la sombra o la ceniza de tantos días gastados y el brillo de los días nuevos, desde las esperanzas que no declinan y las imposibilidades que me circunscriben, desde las fantasías a las que no podría dejar de acogerme y la opacidad de mis desconciertos, desde la sonoridad de mis triunfos y la amarga sombra de mis fracasos, desde la necesaria continuidad de mis pasos y mis abruptas decepciones, desde mis sueños hechos realidad y tantos días iguales a sí mismos, desde muchas sorpresas imposibles y demasiadas rutinas consabidas, desde la alegría y la tristeza, desde la esperanza y la desilusión, desde la tormenta en un vaso de agua y la pulsión por reinventarme a cada paso, desde la búsqueda de mis horizontes y la claudicación ante linderos que necesito sobrepasar, desde la firmeza de muchos actos y la imposibilidad de actuar, desde mi obsesiva búsqueda de espacios y demasiados vacíos que no sé como llenar, desde mi amor por la soledad y mi necesidad de compañía, desde las voces ásperas y la seductora melodía de los días, desde los instantes que me abruman y los horas que me iluminan, desde la fuerza de mis fantasías y la banalidad de mis desesperanzas, desde el sueño por siempre repetido y la ausencia de cualquier sueño, desde los vagos comienzos que me trajeron hasta este lugar en que me encuentro y mi esperanza por ir más allá de este lugar en que me encuentro...



Proponernos ser felices: tratar de dar un significado de plenitud o de armonía a esos actos y pasos y espacios que construyen nuestra existencia.

Uno de los mayores absurdos de la condición humana: no reconocer la felicidad. O, dicho de otra manera: grotesca y muy humana actitud de colocarse ante el paisaje de la felicidad y negarse a contemplarlo.



Tratar de ser felices: acaso el más individualista de todos los propósitos humanos.

Sólo podrá ser feliz el caminante capaz de moverse libremente en la búsqueda de su propia plenitud.

Reconocido el lugar de mi felicidad, me aferro con todas mis fuerzas a las relampagueantes intensidades que lo colman.



Hay dos cosas que no podrían dejar de asociarse con el descubrimiento de la felicidad. Una: que ella reside sólo en nosotros, que nadie está obligado a hacernos felices. Otra: que lo que significa la felicidad para unos muy poco o nada tiene que ver con el significado de la felicidad para otros.

Esperar que alguien nos haga felices es tan absurdo como esperar que alguien nos ayude a entender o a vivir o a mirar o a percibir o a conocer o a disfrutar...

El rostro que teníamos a los veinte años y el que tenemos cuatro o cinco o seis décadas después... ¿Qué mayor triunfo que conseguir que el segundo pueda aún reconocerse en el primero?



La felicidad individual se opone drásticamente a cualquier idea de felicidad convertida en fórmula colectiva. No entiendo esas promesas de felicidad a cargo de Estados, Iglesias, Secretarios, Presidentes o Santones. Cualquier religión, sistema o utopía que prometa felicidades multitudinarias y futuras

a cambio de ciegas obediencias individuales, será una oferta corrompida. La ofrecida felicidad para creyentes, seguidores, súbditos o borregos, es y será siempre una promesa falsa o una promesa vacía. Tampoco hay ni podría haber felicidades decretadas para todos en un tiempo por venir o en un tiempo que ha dejado de ser humano. La felicidad existe aquí y existe ahora. A fin de cuentas, ése sería uno de los tantos desenlaces al que nos ha llevado nuestro atosigante presente: enseñarnos a los hombres a ser razonablemente egoístas para poder llegar a ser razonablemente felices.

Conclusión

Ernst Jünger dijo algo que, muy a menudo, me acompaña como sugerencia o como inspiración: "Sólo los hombres libres pueden hacer auténtica historia. La historia es la impronta que el hombre libre da al destino". Entre esos hombres "libres" que "hacen historia", Jünger destacó muy especialmente a los artistas: individuos capaces de convertir su propia vida en expresión, en imagen. En la voluntad creadora de un artista, en su necesidad de hacer y de decir, y de hacerlo con estilo, Jünger percibió uno de los actos humanos más dignos y trascendentes.

Un artista vive y crea. Su obra es su reto y su apuesta; es, también, ese lugar donde se concentra su pasión y su inteligencia, su inspiración y su lucidez, y, sobre todo, su propia plenitud humana. Y regreso a la poderosísima imagen de Nietzsche: "esta vida, tal como tú la vives actualmente, tal como la has vivido, tendrás que revivirla... una serie infinita de veces; nada nuevo habrá en ella; al contrario, es preciso que cada dolor y cada alegría, cada pensamiento y cada suspiro... vuelvas a pasarlo con la misma secuencia y orden... Si este pensamiento tomase fuerza en ti... ¡Cuánto tendrías entonces que amar la vida y amarte a ti mismo para no desear otra cosa sino esta suprema y eterna confirmación!". Un artista empeñado en jugar hasta el final su juego estético, entregado a su diálogo con el mundo para enfrentarse a éste, huir de él o acercarse a él, convierte su experiencia de vida, en imagen, en estilo, en significación. Su acto creador, construcción hecha de convicciones, sentimientos, fantasías y memorias, le permite redimirse de muchísimos vacíos y sinsentidos; con él está moralmente obligado, además, a procurarse dos respuestas: una, la de sus búsquedas y hallazgos artísticos, la otra, la de su compromiso ético al escoger expresar eso que, en modo alguno, podría callar. Y al hacer esto, el artista une su vida a su obra. Círculo interminable: su vida explica su creación que, a su vez, refleja su vida...

Hacer arte y vivir la vida como si ésta fuese una obra de arte pudiesen ser cosas muy parecidas; en ambos casos, se trata de armonizar espacios y acciones, de reunir visiones y experiencias bajo un mismo propósito de hilvanación y de finalidad. Un artista que se entrega a su arte evoca a un ser humano que construye su existencia en torno a esfuerzos que alimentan actos, iniciativas, metas, ilusiones, propósitos... Los dos, artista e individuo, se esfuerzan por alcanzar un estilo: talante propio que los acompañe en el momento de expresar eso que sienten y saben y desean y sueñan y esperan... La coherencia, la plenitud, la intensidad, la felicidad bien pudieran ser, a fin de cuentas, el eventual desenlace de tan humanísimo esfuerzo.

© Rafael Fauqué 2007

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

El URL de este documento es <http://www.ucm.es/info/especulo/numero37/f.html>

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

